



**Palabras del Dr. Cipriano Sánchez García, L.C., Rector de la  
Universidad Anáhuac México, en la Inauguración de las Jornadas  
de la Agenda 2030**

**4 de abril de 2019**

**Universidad Anáhuac México Campus Sur**

Quiero saludar primero a las personas más importantes que son todos ustedes. No los ponen en el presidium por una sencilla razón: no cabrían. Pero, queridos jóvenes de la Universidad Anáhuac México, ustedes son de veras los más importantes porque, cuando se habla de Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS) y de futuro, ustedes son ese futuro, cada uno y cada una de ustedes. Aquí veo a los diversos representantes de las escuelas y facultades de nuestra Universidad; quienes son inconfundibles son los de batas blancas, los médicos aquí presentes.

Quiero por supuesto dar la bienvenida al maestro Luis Raúl González Pérez, Presidente de la Comisión Nacional de los Derechos Humanos (CNDH),

gracias por estar con nosotros, gran amigo personal y de esta casa de estudios y, sobre todo, un hombre comprometido con México en el tema de los derechos humanos.

Quiero saludar también al maestro Antonio Molpeceres, Coordinador Residente del Sistema de las Naciones Unidas, gracias por estar aquí y ser parte de este gran esfuerzo que, desde esa visión global que son las Naciones Unidas, se hace para el bien de nuestro planeta, y eso es de agradecerse muy profundamente.

Asimismo, quiero saludar muy especialmente a la maestra Consuelo Olvera, Secretaria Ejecutiva de la CNDH, gracias por estar con nosotros esta tarde.

Y, por supuesto, no quiero dejar de mencionar a los directores de nuestras facultades aquí presentes: el Dr. Antonio Cabrera, el Dr. Santinelli, el maestro Camacho y a mis colaboradores más directos, los dos vicerrectores, el maestro Jorge Miguel Fabre y la doctora Sonia Barnetche, gracias por estar aquí.

Desde luego, agradezco también la presencia de los medios de comunicación.

Como rector de la Universidad Anáhuac México, me es muy grato dar nuevamente la bienvenida a estas Jornadas Internacionales Agenda 2030, que

este año se llevarán a cabo en las nueve sedes de nuestras universidades en el país.

La Agenda 2030 es un documento que interpela a todos y a cada uno de nosotros porque está concebida como un plan de acción a favor de las personas, del planeta, de la prosperidad, de la paz y de la alianza mundial para el desarrollo, así como para orientar la política de desarrollo durante los próximos quince años. Una hoja de ruta para los derechos humanos enfocada en uno de los elementos que quizá los daña más, que es la pobreza; la pobreza material, la pobreza intelectual, la pobreza en la salud, la pobreza en la educación, la pobreza en el futuro. A veces nos preocupa mucho la pobreza como la falta de monedas en el bolsillo, pero quizá es mucho más grave la pobreza como la falta de esperanzas en el futuro. La primera se puede solucionar con un donativo, la segunda es mucho más difícil de poder sembrar.

Esta Agenda 2030 nos invita a recordar que la reforma y la adaptación de los tiempos es siempre necesaria y que hay que ir, poco a poco, como humanidad, trabajando hacia ese objetivo último de conceder a todos los países una participación y una incidencia que sea real y equitativa en las decisiones del mundo. Son muchos los problemas que nuestro mundo no tiene resueltos, pero ante eso quiero reconocer muy especialmente el trabajo que realizan tanto las Naciones Unidas como la Comisión Nacional de los Derechos Humanos; sin el trabajo de organismos de esta altura y excelencia estaríamos todavía mucho peor. Sin esta conciencia, sin este impulso, sin estos motores, sin estos dinamismos, la situación de nuestro mundo realmente sería una

situación todavía mucho más compleja y desesperada. ¿Por qué? Porque sin esta actividad internacional y al interior de los países, la humanidad podría no haber sobrevivido al uso descontrolado de sus propias potencialidades. El ser humano es el único ser en la tierra que puede autodestruirse y, junto con él, destruir el planeta. Los dinosaurios fueron destruidos supuestamente por un meteorito, pero nosotros podemos ser destruidos por otro ser humano, por eso los progresos que se hagan en política y en los diferentes ámbitos, jurídico, técnico, etcétera, serán siempre un escalón más en el ideal de la fraternidad humana y un medio para su mayor y mejor realización.

No tenemos que quitar la vista de las situaciones de exclusión e inequidad con sus claras consecuencias, porque eso significaría dejar de tomar conciencia de la grave responsabilidad que compartimos para que todos juntos podamos proponer soluciones urgentes y efectivas, por eso la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible es una importante señal de esperanza. Los 17 objetivos, sus metas, sus indicadores nos invitan a optar por un concepto amplio de desarrollo que sea respetuoso con el medio ambiente y que esté centrado en un desarrollo socialmente justo. En efecto, la exclusión económica y social, cuando se da, y se da muy frecuentemente, es una negación total de la fraternidad humana, así como un gravísimo atentado a los derechos humanos y, hoy tenemos que añadir, un gravísimo atentado a nuestro ambiente, porque la exclusión económica y social es la gasolina de la tan difundida e inconscientemente consolidada cultura del descarte; se descarta al otro, se descarta al que nos parece menos. Y por eso son las realidades injustas de hoy las que nos tienen que convocar a todos nosotros, a ustedes,

jóvenes miembros de esta Universidad que tiene como objetivo el liderazgo de acción positiva, nos tienen que convocar para ir avanzando como academia y como sociedad civil. Sin embargo, no bastan —y esto es muy importante recordarlo— los compromisos asumidos solemnemente, el mundo reclama de todos nosotros una voluntad efectiva, práctica, constante, que dé pasos concretos, que ponga medidas inmediatas para preservar y mejorar el ambiente natural y vencer cuanto antes el fenómeno de la exclusión social y económica con sus tristes consecuencias.

Este es un fenómeno gravísimo porque no sólo es sociológico sino también existencial, porque cobra vidas inocentes, por lo que debemos evitar la tentación de caer en un nominalismo declaracionista, en el cual, una vez que hemos hecho la declaración y la hemos firmado, nos quedamos muy a gusto sin haber hecho nada todavía... “Obras son amores y no las buenas razones”, dice el sabio refrán.

Debemos cuidar que nuestras instituciones sean realmente efectivas en la lucha contra todos los flagelos que hoy afectan a la humanidad, pero, para lograr esto, es necesario que la academia conozca las metas del programa y se integre a los trabajos para lograr la transversalización, o sea, trabajar a nivel nacional dentro de todos los planes de desarrollo. ¿Qué debemos hacer para orientar los recursos que tenemos y que siempre son finitos hacia áreas prioritarias identificadas, especialmente en aquellos ámbitos que más lo requieran? Sabemos que tenemos un compromiso con la sociedad —y está dentro de nuestra misión universitaria como Anáhuac México—, una

responsabilidad con la transformación de la sociedad dentro del ámbito de las políticas públicas para que los conocimientos y las competencias que surgen, que se alimentan y que iluminan desde la academia, se puedan poner a disposición de las poblaciones de manera oportuna y con el menor costo posible.

En ese sentido, permítanme recordar las palabras del Papa Francisco en el año 2015 en la sede de las Naciones Unidas: “El tiempo presente nos invita a privilegiar acciones que generen dinamismos nuevos en la sociedad hasta que fructifiquen en importantes y positivos acontecimientos históricos. No podemos permitirnos postergar ‘algunas agendas’ para el futuro. El futuro pide decisiones críticas y globales de cara a los conflictos mundiales que aumentan el número de excluidos y de necesitados”. Siguiendo estas luminosas palabras, nuestra red de universidades: la Universidad Anáhuac, aquí en México, Campus Norte y Campus Sur, la Universidad Anáhuac Querétaro, la Anáhuac en Puebla, la Anáhuac en Oaxaca, la Anáhuac Cancún, la Anáhuac en Tampico, la Anáhuac en Xalapa, la Anáhuac en Mérida, estamos organizando unos conversatorios donde se pueda asentar el análisis en las diferentes temáticas de interés regional. Tal comprensión y respeto exige un grado superior de sabiduría que acepte la trascendencia, y esto es muy importante, que renunciemos, sin renunciar al liderazgo, ni a la calidad, ni a la excelencia, que renunciemos a la presencia de nuestras sociedades de élite que se pueden creer omnipotentes, que comprendamos que el sentido pleno de la vida, singular y colectiva, sólo se da en el servicio a los demás —como

decía la Madre Teresa de Calcuta: “sólo sirve para vivir quien vive para servir” — y en el uso prudente y respetuoso de la creación para el bien común.

Ese es el compromiso de formación integral en nuestra Universidad. Yo estoy cierto de que, en colaboración con la Comisión Nacional de los Derechos Humanos y las defensorías estatales involucradas, se logrará no sólo una gran difusión de los ODS sino también se procesarán aportaciones fundamentales para este cambio de época —que no época de cambios— que nos toca impulsar haciendo nuestro el lema de la Agenda: “Nadie se queda atrás” (*Leaving no one behind*), en efecto, que nadie se quede rezagado. Por todo esto, la medida y el indicador más simple y adecuado del cumplimiento de la nueva Agenda será el acceso efectivo y práctico a bienes materiales y espirituales indispensables, como la vivienda, el trabajo, la alimentación, el agua y, más en general, la libertad espiritual y de educación.

Deseamos que estos pilares del desarrollo humano integral tengan siempre un fundamento común, que es el derecho a la vida, el primero de todos los derechos, sin el cual no existe ningún otro derecho y, más aún, el derecho a la humanidad. La tecnología, el mundo en el que vivimos, nos puede robar muchas cosas, pero que nunca nos roben la humanidad, que nunca nos roben el futuro.

Les deseo mucho éxito a los trabajos de estas jornadas.

--ooOoo--